

RADICALMENTE

*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*
S.S. San Pío X



Hace falta una cruzada de verticalidades

23 DE DICIEMBRE, 2016 - I.26

LO SABRÍAMOS HACER SIN CRISTO...

(DE LA JUSTICIA HUMANA)

“A los pobres siempre los tendrán con ustedes...”

Para hacer justicia humana, y para repartir un poco de dinero entre los pobres, no se necesitaba redención. Asunto humano.

Tampoco son la pobreza y el sufrimiento lo que agravia al hombre; o Cristo no los hubiera asumido en sí mismo, no hubieran configurado la herramienta gloriosa con que redimió. Los hizo suyos, los abrazó ardientemente, Aquél que fue semejante a nosotros en todo menos en el pecado, fue pobre, llagado hasta los huesos. No es, la pobreza, el mal. Mal desgarrador, terrible, es el aborto, es la lujuria. Tampoco el sufrimiento. Mal execrable es la avaricia, la sodomía, el fratricidio, la blasfemia, la rapiña, el adulterio, la pornografía; y eso tú no lo combates; sin ellos no supervivirías, sería suicidarte; los crías, los adornas, son carne de tu carne.

Hay tanto filántropo exhibicionista, grande y pequeño, que cubre los harapos, y con ellos encubre su inflada vanidad; tanta

“Organización no Gubernamental” que además de vivir de ellos, de repletarse ellos primero, alivian un poco y sólo un poco la pobreza de un día; mañana amanecerán hambrientos. Hay hospitales, médicos que emplean su vida como un noble sacerdocio en el alivio de tanta herida, psicólogos que reparan angustias en el pecho, y para ello no se necesitan los sacramentos. Todo, perdón, minucias, y todo asunto nuestro.

No es despreciable el tirano, y hay uno en cada esquina, por el hambrear del pueblo; lo es porque le pisotea el alma, porque le desclava a Dios, porque es su bota lo que escarnece y degenera, y hay uno en cada calle de cada aldea.

“Jesús no desprecia ninguna de las luchas humanas. Pero luchar por la justicia humana era algo que podríamos y sabríamos hacer sin que Él viniera. Él trae otra cosa. Otra cosa que, además, ayudará a encontrar ese pan para todos. Jesús sabe que, si Él se dedica a cambiar las piedras en panes, las multitudes le seguirán y fingirán creer cuanto Él diga, pero, al final, ni siquiera sabrán de qué les ha hablado. Por eso Él, a lo largo de su vida, multiplicará los alimentos sólo cuando sea estrictamente necesario y, aun entonces, a regañadientes. Predicará algo que es tan necesario como el pan aunque no lo veamos así: el amor, el entusiasmo, la verdad, la gran esperanza. Jesús, al contrario de ciertos cristianos, que hoy parecen reducir todo su evangelio a la pura justicia material, sabe que con sólo pan no se consigue el amor, pero que, con el amor —si de veras existiera—, ya se habría conseguido el justo reparto de los bienes materiales. ¿Su mesianismo entonces no tiene que ver con la justicia terrestre? Sí, pero no se reduce a ella. Jesús traerá muchas más cosas: la alegría, el entusiasmo, el encuentro con el agua que quita toda sed: con la viva realidad de Dios¹.” Y es el rechazo a Dios, el tajar la alegría, la ilusión, y la esperanza, lo que hacen al tirano y a la izquierda radical, infames y semejantes. Otra cosa es entretenernos en tonterías.

iJusticia! a tu manera... “¿Quién me ha hecho juez entre vosotros?” No es a eso a lo que vino el Cristo. “A los pobres siempre los tendrán con ustedes”; eternamente, sin remedio, hasta el fin de los siglos. Ese no es el desarreglo verdadero. Ese frasco de perfume se podría haber vendido... No dio limosnas; a veces, realmente dos, un pan y un pescado, a regañadientes; cuidaba de la jarra donde se guarda el alma, tu limpieza, tu sencillez. Inocencia e infancia imprescindibles luego, cuando te crees que has crecido y puedes ya enfangar tu

esencia. Paz sí; paz trajo en medio de la carencia y de la llaga. Paz sí; no como la entiende el mundo, que el mundo no tiene para darla. Paz con espada y con fuego, con el tronar de la batalla. Paz sin burguesía. Paz sin el hartazgo. Paz sin la montaña de monedas. Paz sin la lascivia. Paz sin la rapiña que desangra al que produce el pan, y nutre displicencias y vagancias. Paz sin mentiras; y de mentiras la justicia humana.

Y no porque no viera, sino porque no importaba. Nunca se oyó decirle al Iscariote que abriera la bolsa para el pobre que al otro día seguiría siendo pobre. Nunca dividió la finca entre los hermanos. Habló de conversión. Habló del justo. Pródigo, no se despoja Dios de la justicia para ejercer misericordia; ni se desnuda de ésta para ejercer aquélla. Pródigo cuando parece tan lejano y está tan cerca, derrochador y manirroto cuando nos deja las minucias de lo posible en manos nuestras.

"Dar a cada uno lo suyo", chillan. Mientras más a la izquierda, mayor el alarido que ahoga la delicadeza. ¿Y qué es... *lo suyo*? ¡Lo suyo ya lo tiene! ¡Tiene a su Dios, su alma, su inocencia, y tiene añadiduras a manos llenas! No se lo robes, no se lo arranques, no se lo despedaces, no se lo pisotees. Lo suyo es la grandiosidad de su conciencia, suya la libertad de correr hacia el bien y asirlo suyo; suya su dignidad, ¡la única!: la de hijo de Dios: el Dios del ciudadano, el Dios del niño, el Dios del estudiante, el Dios del hombre; un ciudadano, un niño, un estudiante, un hombre y una mujer que trascienden, que rezan... Y si tú dictas que rezar es malo, o porque Dios no existe o porque le borras de la escuela y del Estado, entonces le saqueas: le das al hijo la serpiente que no te ha suplicado, el alacrán que muerde porque le das tus dientes, y le despojas del pan y el huevo cotidianos. *A cada uno lo suyo*... ¿que le da tu justeza al no nacido? ¿Es suyo el bisturí fríamente asesino? ¡Esa es tu justicia! Y me sublevo.

Me insubordino a tu justeza artificial, la que le es muy conveniente a tu indignidad. Hay otra, la natural, la que dice que los ciudadanos poseen derechos naturales, los de natura, que son los que Dios da a los de Él, sus criaturas. Esos derechos de prístina naturaleza pura, la indecencia tan tuya no los puede impedir, no se los puedes sustraer: se los han incrustado. El cincel es de Dios, del Dios que sí existe, del Dios que vino, del Dios que vive, y que ni aquella cruz, ni Nietzsche ni tú, ni la justicia humana, podrán matar.

No es justo quien “conoce” lo que es recto, dirá el de Aquino, sino quien *obra* rectamente. Y tú eres torcedura. No; ni la sed ni el sufrir constituyen el mal; no lo que hay que arrancar: hambre y sufrir se alzan en la Cruz, se abrazan a la Cruz, redimen en la Cruz, asumidos, libremente ofrecidos, cáliz al Padre. Tu diabólica, mordaz hipocresía, es el único mal.

Jorge J. Arrastia.

1. Fr José Luis Martí Descalzo

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.